# RETRATO DE UNA STARTER

LISSA PRICE

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2012
destinojoven@edestino.es
Destino Infantil & Juvenil es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Edición no venal

Título original: *Portrait of a Starter*

© Lissa Price, 2012
Traducción: Isabel Clúa
Derechos exclusivos de la edición en lengua castellana:
© Scyla Editores, S. A., 2012
Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)
Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores, S. A.
www.scyla.com
www.planetadelibros.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Me siento en el suelo y cojo mi lápiz de carboncillo, intentando no despertar a Callie. Está tumbada encima de mi saco de dormir, los ojos cerrados, una leve sonrisa en los labios. Debe de estar soñando con la vida antes de la guerra. No ha habido muchas oportunidades de sonreír desde que acabó.

Su hermano pequeño, Tyler, duerme al otro lado de la sala, detrás de los escritorios que están boca arriba. Puedo oír sus ronquidos. Es un sonido intermitente, lo que significa que vuelve a estar congestionado. Quizá por eso Callie está durmiendo en mi saco de dormir: para poder echar una siesta tranquila.

Acomodo el cuaderno sobre mis piernas cruzadas. Mi precioso cuaderno. Todas las páginas están rasgadas y manchadas por los bordes, pero me valen igualmente para dibujar.

La cabeza de Callie está ligeramente inclinada, frente a mí. No me atrevo, mi mano sostiene el lápiz detenido en el aire. Viene a mi mente su imagen a los trece años, la primera vez que la vi en nuestro antiguo vecindario. En tres años ha pasado de ser desgarbada a... muy poco desgarbada. Aparto el recuerdo de la niña que era para hacer justicia a la chica que tengo delante. Miro más allá de la mugre de su mejilla y de su pelo enmarañado que necesita desesperada-

mente un champú —como todos nosotros—, para captar su esencia. Las palabras que conozco no son suficientes para describirla. Haré todo lo que pueda para plasmarla con las líneas, las curvas y las sombras.

Dejo que el lápiz conecte con el papel. Dibujo el óvalo que será su cabeza. Una forma oval, el principio. Paso el lápiz una y otra vez, como un coche en una pista de carreras, trazando círculos de color gris claro, tratando de captar su volumen. Volumen, vaya broma. Está tan delgada como yo, tan delgada como cualquier starter. No puedes pasarte un año en las calles, sin dinero, sin parientes y estar gordo.

Odio ser un starter. Odio tener dieciséis. Odio tener hambre. Desearía que nos permitieran trabajar.

Vuelvo a concentrarme en el dibujo. Su nariz es delicada, pero también algo más que eso. Expresa determinación. Paso a los labios, tratando de encontrar un modo de interpretarlos sin hacerlos demasiado grandes o demasiado finos. Un cuarto de centímetro marca la diferencia entre crispados o sensuales, y ninguna de esas palabras encaja con Callie.

En este punto su cara es sólo un esbozo, como debe ser. Empiezo a rellenar el área de los ojos. Primero, las cejas. Aquí lo mejor es un ligero toque. Luego dibujo dos sencillos óvalos para marcar la posición de los ojos. Lo siguiente, su larga melena, que descansa en el saco de dormir. Hago un barrido con el lápiz. No, no es así. Lo borro.

¿Por qué no funciona?

Dejo de dibujar y jugueteo con el lápiz, haciéndolo girar entre el pulgar y el índice. Entonces caigo en la cuenta. No quiero mostrarla tirada en el suelo, con los ojos cerrados. Es demasiado parecido a... Niego con la cabeza e intento quitarme de la mente las imágenes que dan miedo.

Soplo en mi mano derecha para calentarla y miro en torno a esta oficina, llena de corrientes de aire, que llamamos hogar. Con los suelos de cemento y las paredes desnudas, aquí no puede haber ningu-

na calidez. Cierro los ojos durante un segundo y deseo que una chimenea y una taza de chocolate caliente aparezcan por arte de magia, sólo porque los deseo con toda mi alma.

No aparecen. Vuelvo al boceto.

Dibujo de memoria sus ojos abiertos. Ahora está tomando forma. Imagino sus hombros desnudos y los esbozo. Es más clásico, me digo a mí mismo. Más intemporal que su triste sudadera desgarrada. Estoy a punto de empezar con el pelo cuando se despierta. Escondo el cuaderno detrás de la espalda. Abre los ojos sólo a medias.

—Michael —dice, desperezándose—. ¿Qué estás haciendo?

—Sólo miro cómo duermes. —Procuro parecer despreocupado.

—¿Por qué? —Se sienta y me regala una expresión encantadora, desconcertada.

La miro a los ojos y me aplaudo a mí mismo porque he captado justo la forma correcta en mi boceto. El cuaderno sigue detrás de mi espalda, en el suelo, y espero que no se dé cuenta.

—Porque estás tan serena cuando duermes... —digo—, que me recuerda tiempos mejores.

—Siento haberme apoderado de tu espacio. —Se mueve para ponerse de pie—. Tyler hacía tanto ruido...

—Hazlo siempre que quieras. —Me levanto y recojo el cuaderno antes de que pueda ver su retrato. Le doy la vuelta a la tapa con la mano que tengo a la espalda.

—¿Estás dibujando? —Estira el cuello.

—Sólo emborronando un poco.

—¿Qué tal va Tyler? —pregunta.

Echo un vistazo a su rincón, al otro lado de la sala, aunque ni siquiera puedo verlo.

—Parecía un poco congestionado —digo.

Se apresura a ver cómo está. Abro un cajón de los escritorios que están volteados, en mi rincón, y meto el cuaderno dentro. Tengo delante mi colección de dibujos, pegados a la pared. Starters con varias

capas de ropas deshilachadas que se aferran a sus delgados cuerpos, cantimploras que cuelgan cruzadas sobre sus torsos, linternas de mano en sus muñecas. Instituciones, incluyendo la peor de todas, la número 37, con gruesos muros y puertas con barrotes. Enders, con su pelo blanco, la mayoría con los rostros perfectos a base de cirugía, unos pocos con arrugas, muchos con caras grotescas, gritando, amenazándonos con sus bastones. Starters peleándose por una manzana. Policías enders agrediendo con un taser a un starter indefenso. Nuestro repugnante mundo.

Callie vuelve y me aleja de mi pesadilla mental.

—Ahora está tranquilo. —Juega distraída con un mechón de su pelo—. Oye, ¿podrías cuidar de él mañana?

—¿Adónde vas a ir? —pregunto.

—Tengo algo que hacer. Algo personal.

Hago un gesto afirmativo. Es especialmente duro para Callie a causa de Tyler. Las cosas ya son bastante malas sin tener un hermano de siete años que siempre está enfermo.

—¿Cosas de chicas? —pregunto.

No hace caso.

Basta de insistir. Obviamente, no va a decirme adónde va.

—Por supuesto. Yo lo cuidaré.

Más tarde, esa noche, cuando me escabullo para llenar las cantimploras, doy un rodeo por el tercer piso. Encuentro a Florina, una amiga, y le pido que se quede con Tyler mañana.

—¿Adónde vas? —Ladea la cabeza y su flequillo negro cae sobre sus ojos.

—Por ahí.

—¿Con Callie?

—Tiene otra cosa que hacer —digo.

—Vale, Michael. Pero me debes una. —Los labios de Florina se curvan en la más imperceptible de las sonrisas.

—Gracias, Florina. Eres la mejor. —Chocamos las manos.

—¿Y cómo puedes saberlo? —pregunta en un tono coqueto que me pone nervioso.

A la mañana siguiente, Callie abandona nuestro edificio. Me cuelgo la mochila al hombro y me dirijo a la segunda ventana del pasillo contando desde nuestro espacio. Miro hacia abajo y veo que se detiene para escudriñar la calle, buscando renegados. Buena chica. Siempre cuidadosa.

Luego cruza corriendo.

Corro a la escalera y bajo los peldaños de dos en dos. Me apresuro a través del vestíbulo vacío y salgo por la puerta principal.

Me siento culpable. Le dije a Callie que cuidaría de Tyler. Pero cuando salimos juntos, no le importa dejarlo con un amigo. Es sólo que aún no ha conocido a Florina.

Callie está a una manzana de distancia. Oteo en todas direcciones y veo que no hay nadie. No acostumbra a haber mucho tráfico en un parque industrial abandonado. Por supuesto, eso no significa que no se estén escondiendo. Me cambio la mochila al otro hombro. Está cargada de armas improvisadas. Sé que Callie puede valerse por sí misma. Es fuerte e inteligente. Pero dos es siempre mejor que uno.

Mantengo la vista fija en Callie, a paso ligero, listo para escabullirme en una entrada si se da la vuelta. No lo hace.

La sigo durante una hora mientras se dirige hacia el norte. Atravesamos barrios con casas tapiadas. Cuando Callie llega a la casa en cuarentena, cubierta con una lona roja y su olor a productos químicos, se tapa la boca con la manga y cruza la calle.

Durante todo el camino, nos cruzamos con enders que lucen el pelo blanco plateado distintivo, la insignia de honor por longevidad. Las compañías farmacéuticas no consiguieron fabricar suficientes

vacunas para salvar a los middles, como mis padres, pero permiten que los enders vivan hasta al menos los doscientos años.

Me concentro en Callie. La melena le llega a media espalda, su cantimplora se balancea colgando de su hombro.

Algunos amigos se aproximan desde el otro lado y se paran a hablar con ella. Me escondo en el porche. Miro al exterior y veo que la dejan y se van por el camino por el que han venido. Extraño. Callie no continúa la marcha, sino que se queda ahí, en la acera, sola, como si estuviera esperando.

Entonces veo a un tipo que se le acerca. Por su cara parece de mi edad, pero viste como alguien mayor.

¿Quién es este tipo? ¿Lo conoce? Ropa cara: una chaqueta de sport y unos bonitos pantalones. Zapatos de cuero que serían inútiles si tuviera que huir. Y, sobre todo, está limpio. Los chicos ricos existen, lo sé, pero no estoy acostumbrado a verlos en la calle, solos, sin abuelos a su alrededor. De vez en cuando los veo hacer carreras con sus coches de lujo cuando pasan a toda velocidad por nuestro barrio. Ésta es una área bastante agradable, más al norte, lo que quizá explica la presencia de este starter rico.

Callie y el chico están parados en la acera, delante de una casita con unos rosales. Un ender los mira desde el porche sentado en una silla de mimbre, con los brazos cruzados. Callie asiente con la cabeza a lo que le dice ese chico rico, como si sus palabras fueran oro.

Su cara me resulta familiar. Quizá lo he dibujado alguna vez. Pasa a menudo: dibujo a un extraño y luego siento como si lo conociera. Eso es. He dibujado a este tipo. Solía vivir en nuestro edificio. En el primer piso. Eso fue varios meses atrás.

Ahora tiene un aspecto mucho mejor. ¿De dónde ha sacado esa ropa? Quizá tuvo un golpe de suerte o algún pariente perdido desde hace tiempo lo reclamó. Ésa podría ser la razón por la que dejó nuestro edificio. Sin duda, desearía que también me ocurriera. Alguna tía abuela lejana de la que nunca he oído hablar, una gran casa, cálida, con una cocina provista de patatas fritas y dulces y tarros de mante-

quilla de cacahuete y gelatina. Un congelador lleno de *pizza* que no se acabara nunca.

El tipo mira a su alrededor. Me resguardo en el porche. No me importa que me él vea, sólo Callie. Y no creo que lo haga.

Me asomo y veo que están alejándose. Juntos.

Cruzo la calle y tengo una perspectiva mejor de su cara. No recuerdo su nombre, pero sí que tenía una larga cicatriz bajo un ojo. No puedo verla ahora. No estoy muy cerca, pero a esta distancia tendría que poder verla. Quizá su tía rica le haya pagado una cirugía láser. Quizá pensó que así podría borrar su pasado en la calle.

Los observo, a él y a Callie, desde atrás. Él le rodea los hombros con el brazo.

Noto que mi cara arde.

Ella no se lo quita de encima. Sigue andando como si nada. ¿Conoce a este tipo?

¿No se dan cuenta de lo raro parece todo esto, un chico rico y bien vestido y una starter de la calle juntos?

Unos policías pasan en un coche patrulla y se quedan mirándome. Después, observan a Callie y al tipo antes de continuar patrullando.

¿Adónde se dirige? ¿Es esto una especie de cita? ¿Por eso no quería decirme qué es lo que iba a hacer?

Por supuesto, puede hacer lo que quiera. No es como si fuéramos novios. ¿Cómo puedes salir con alguien cuando no tienes dinero, ni coche, ni una casa, ni comida? Quizá si tuviera todo eso saldría con Callie. Supongo que así es como eran las cosas antes de guerra. Entonces sólo tenía trece años, así que ¿qué sabía yo?

Callie y el tipo se paran delante de una cafetería. Él entra.

Casi me ve. ¿Qué le diría si eso ocurriera? ¿Que se le olvidó algo y se lo he traído? Sólo que no llevo nada suyo conmigo. Quizá podría decirle que ha de volver con Tyler, que está enfadado porque se ha ido. Excepto que no lo está y lo sabría tan pronto como regresara. Quizá debería limitarme a asegurarme de que no me ve.

El chico sale con dos tazas de café helado con una montaña de nata montada encima. Se me hace la boca agua. Arrastran las pesadas sillas de la terraza que chirrían al arañar el cemento. Rápidamente retrocedo hasta un portal.

El portal conduce a una pequeña tintorería intercalada entre dos tiendas tapiadas. Incluso aquí, en el opulento Beverly Hills, es difícil que los negocios sobrevivan. Pero alguien tiene que lavar la ropa de todos los enders que trabajan.

Uno de esos enders, una mujer que lleva un traje rojo, se dirige hacia mí con un montón de ropa sucia en los brazos. Me ve y se queda helada. Tiene miedo de mí. Sonrío y me pego al muro. Extiendo el brazo mostrándole que puede pasar.

Tiembla ligeramente al apretarse contra mí para pasar y se mete dentro. Su fuerte perfume queda flotando en el aire como si fueran flores de un funeral.

Echo un vistazo a Callie. Sonríe, pendiente de cada una de las palabras que salen de la boca de este chico. Luego bebe un sorbo de café. Él alarga la mano y le limpia un poco de nata que ha quedado en sus labios.

Se me hace un nudo en el estómago. Respiro hondo y luego saco mi cantimplora. Estoy sediento, pero el agua está tan caliente que ni siquiera tengo la sensación de estar bebiendo algo. Y menos algo dulce y helado como sus sofisticadas bebidas.

Algo duro me golpea en el brazo. Me vuelvo hacia la puerta y casi pego un salto con lo que aparece ante mis ojos. Es el propietario, uno de esos obstinados enders que no piensan arreglarse la cara, de modo que parece una máscara de Halloween. Lleva una escoba en la mano.

—Muévete —dice el tintorero—. Asustas a mis clientes.

La cliente ender del traje rojo está encogida detrás de él, sujetando tan fuerte su ropa recién lavada que va a volver a arrugarla.

—No estoy haciendo nada malo —protesto.

—Largo de aquí. —Me empuja con la escoba como si fuera un animal rabioso—. O llamo a la policía.

Echo un vistazo al otro lado de la esquina y veo que Callie se ha ido. Corro a la calle tratando de divisarla.

—¡Eso es, vete! —me grita el ender—. Y no vuelvas.

Un coche toca el claxon y casi me atropella antes de que pueda salir a trompicones de su trayectoria. Cruzo al otro lado de la calle. Callie y el tipo están al final de la siguiente manzana, alejándose.

Me apresuro, pero no me atrevo a correr. Los enders llamarán a los policías si ven a algún starter corriendo. Especialmente aquí, en Beverly Hills donde los enders son megarricos. Beverly Hills no fue immune a la guerra de las Esporas que eliminó a una generación, pero sigue siendo el lugar adonde ir para cualquiera que tenga dinero para gastar en las últimas novedades de electrónica y en ropa de marca.

Mantengo la vista fija en Callie y su acompañante. Giran en una de las calles más pequeñas que conducen al corazón de Beverly Hills. Recuerdo esa calle. Mi madre me trajo aquí cuando tenía doce años, la vez que mi tía vino de visita. Parecía que todos y cada uno de los escaparates estuvieran llenos de oro y diamantes.

Pero Callie y el tipo no se paran a mirar los escaparates. Ahora andan más de prisa.

¿Adónde van?

Me quedo a media manzana de distancia de ellos y observo cómo se paran delante de un edificio con ventanas reflectantes.

El tipo parece estar explicándole algo acerca del lugar por la manera en que gesticula al dirigirse a Callie. Una chica sale del edificio.

Una tía buena.

Tiene el pelo negro, largo y liso, y parece más o menos de mi edad. Callie y el tipo apenas le echan un vistazo cuando pasa delante de ellos y cruza la calle. Viene en mi dirección. Al acercarse, la reconozco. Solía vivir en nuestra manzana, en un edificio de oficinas cercano, hasta hace un par de meses.

—¿Chynna? —la llamo.

—¿Sí? —responde antes de verme.

Me acerco. Se baja las gafas de sol un centímetro.

—Hola, Chynna —digo, saludándola con la mano—. Soy Michael.

—Hum, no. Lo siento. —Vuelve a colocarse las gafas.

—Soy del edificio que hay en tu manzana. Probablemente no me reconoces sin tener la nariz metida en mi cuaderno de dibujo.

—Lo siento. —Me mira fijamente, sin expresión alguna—. Debes de haberme confundido con alguien.

Es su cara. Es su voz. Pero va vestida de otra manera, con un elegante traje de chaqueta corto y zapatos de tacón, y lleva un gran bolso cubierto de logos. Y su piel —que solía estar hecha polvo— tiene ahora un aspecto perfecto. Se da la vuelta para marcharse. La sigo.

—Chynna, espera.

Sigue caminando.

—Quería preguntarte por ese lugar. —Le toco el hombro.

Se aparta con un respingo.

—Quítame tus asquerosas manos de encima.

Un comerciante ender sale por detrás y se entromete:

—¿Te está molestando? —pregunta.

—Sí —dice ella—. Aleje a este starter de mí, por favor. —Escupe la palabra «starter» como si fuera veneno. Es muy extraño que me llame así cuando ella también lo es.

—Chynna, ¿qué problema tienes? —le pregunto.

El comerciante me agarra. Me estiro hacia Chynna, intentando tan sólo mantenerme en equilibrio. Ella lanza su enorme bolso contra mi cara, y pasa rozándome la mandíbula.

El comerciante tira con fuerza y caigo al suelo de espaldas. Se abalanza sobre mí y lucha como si fuera un combate de lucha libre.

—¡Suéltame! —grito. La mochila se me cae y el cuaderno de dibujo se sale y resbala hasta un charco—. ¡Mi cuaderno!

Alzo los ojos para ver a Chynna —o quienquiera que sea— meterse en un lujoso coche blanco. Me mira desde arriba a través de un cristal ahumado como si fuera basura. Como si ella no hubiera estado donde estoy yo ahora hace un par de meses. El conductor arranca.

El comerciante finalmente me suelta.

Rescato mi cuaderno y le limpio el agua cenagosa con la manga de mi sudadera. Me levanto y me vuelvo hacia el edificio donde estaba Callie.

Callie se ha ido. Y también aquel tipo.

¿Adónde han ido? ¿Han entrado en el edificio?

Tengo la intención de dirigirme a la puerta para ir a buscarlos, pero una sirena ulula unas pocas manzanas más allá. El comerciante me sonríe con sorna.

—Los has llamado —lo recrimino.

—Los chicos como tú deben estar en la institución.

Antes de que pueda darme cuenta, mis fuertes manos juveniles están alrededor de la frágil garganta del ender. No es mi culpa. Vosotros, enders, hicisteis este mundo. Aprieto hasta que la cara se le pone roja.

—¿Qué es ese edificio?

—Destinos... de Plenitud. —Su respuesta es como un graznido.

—¿Qué clase de sitio es ése?

Abre la boca pero no emite ningún sonido. Sus labios se ponen blancos

—¿Qué pasa ahí dentro? —Siento sus huesos bajo la piel fría y juraría que puedo oír cómo crujen.

¿Qué estoy haciendo?

Éste no soy yo. Me he convertido en un animal rabioso. Lo suelto. Se tambalea y cae la suelo, boca abajo. Jadeo y contemplo su frágil cuerpo mientras la sirena se acerca. ¿Lo he herido? ¿Le he hecho daño?

—Hey. —Tocó su pierna con mi zapato. Está inmóvil. Hay gotas de sudor en mi frente. ¿Qué he hecho? Entonces se mueve lentamente. Respiro hondo. Se pone a cuatro patas y me mira a través del pelo que cuelga delante de su cara.

—¿Por qué no entras y lo compruebas tú mismo? —Su voz es áspera. Hace un gesto hacia el lugar. Parece una especie de desafío,

pero lo único en lo que puedo pensar es en irrumpir en ese edificio para buscar a Callie, en detenerla antes de que cometa, tal vez, el error de su vida.

¿Qué es este lugar que convierte a una starter en una bella pero estúpida maniquí sin memoria?

La sirena atruena cuando el coche de la policía derrapa al girar la esquina, con su hocico plateado apuntando hacia mí como un tiburón. El comerciante se pone en cuclillas y me señala a mí, al agresor, al animal, al starter.

Agarro mi cuaderno y mi mochila y echo a correr.

Horas más tarde, de vuelta en mi habitación, con los pies hinchados y los músculos ardiendo, me siento en mi rincón. Tyler duerme en su saco dormir, en su fortaleza. Callie aún no ha vuelto. Aparto de mi mente la idea de que quizá no vuelva.

Observo el dibujo que le he hecho. Los bordes están más sucios que nunca, con manchas de agua sucia, pero el esbozo se ha mantenido limpio.

Uso mi lápiz de carboncillo para acabar el pelo. Con trazos rápidos, hago un lado con el aspecto que suele tener, con mechones de pelo sucio y enredado. Después me doy un respiro. Dibujo el otro lado lentamente, metódicamente, cuidadosamente. Este lado queda muy pulcro. ¿Antes y después? Quizá.

Cojo el lápiz marrón y relleno un iris. Empiezo con el otro, pero entonces paro. Borro el tono marrón del segundo ojo. Alargo el brazo para coger otro lápiz. Mi mano se queda suspendida encima de los colores hasta que se detiene en el azul. Lo uso para rellenar el segundo ojo con un color que no veo cuando miro a Callie. ¿Por qué hago esto? No tengo ni idea.

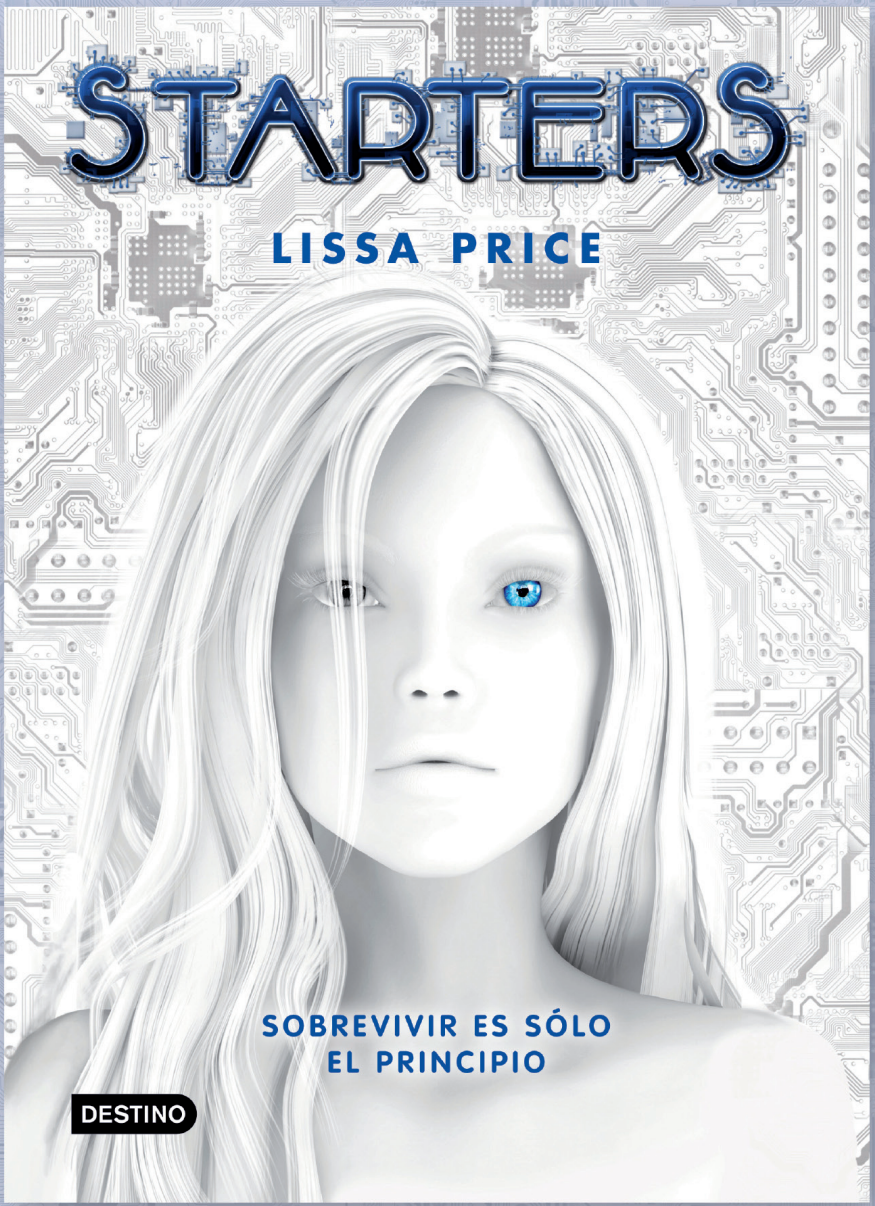
Pero cuando termino y contemplo el dibujo, me parece bien. El resultado es sorprendente e inquietante, y un poco siniestro. Es arte, me está permitido hacerlo. Es mi interpretación artística de ella, y es

más real que algunos retratos fotográficos realistas. Entonces me doy cuenta de por qué lo he hecho de esta manera. A pesar de que estemos tan próximos, viviendo juntos estos últimos meses, realmente no la conozco. En nuestras desesperadas vidas, todos y todo somos impredecibles.

Incluso yo.

Oigo los ronquidos de Tyler. Cree que volverá con nosotros.

Eso espero.




# A LA VENTA EL 08/05/2012